

Poesía

José Agustín Goytisolo
 "El rey mendigo"
 Editorial Lumen
 Barcelona, 1988

NO faltan en la poesía española de hoy jóvenes creadores con verdadero talento y dominio de su menester. Por eso, a nadie puede dejar de sorprender que un libro verdaderamente nuevo, capaz de señalar un antes y un después precisos en el curso de la obra general de nuestros contemporáneos, lleve la firma de uno de los hombres del grupo de los cincuenta. Es el caso de "El rey mendigo", último volumen publicado hasta la fecha con poemas de José Agustín Goytisolo (Barcelona, 1928).

Los poemas de "El rey mendigo" han sido dispuestos por su autor en dos series, perfectamente diferenciadas por su tono y por su contenido, de quince composiciones cada una. En la primera, Goytisolo bordea el conflictivo territorio de la poesía política; en la segunda, el poeta elegíaco de "El retorno" (1955) se hace presente con la misma clara voz de aquel primer libro, llena ahora de saberes tiernos e íntimos ganados a la edad.

Según Juan García Hortelano, gracias a su excelente educación humanista los poetas de la promoción de Goytisolo atravesaron, "apenas chamuscados, las llamas del infierno de la poesía social". Durante largos años, la fórmula "poesía social" fue reveladora —como son reveladores todos los eufemismos— de una adhesión más o menos condicional, más o menos consciente, al realismo socialista. Poco tenían que ver los productos versificados de esa corriente, condenados por la Historia al más completo de los olvidos, con la gran poesía política, escrita en todo el mundo en la primera mitad del siglo por personajes tan dispares, y hasta opuestos, como

Estamos ante un libro verdaderamente nuevo, aunque escrito por uno de los autores del grupo de los cincuenta, capaz de señalar un antes y un después en el curso de la obra de nuestros contemporáneos

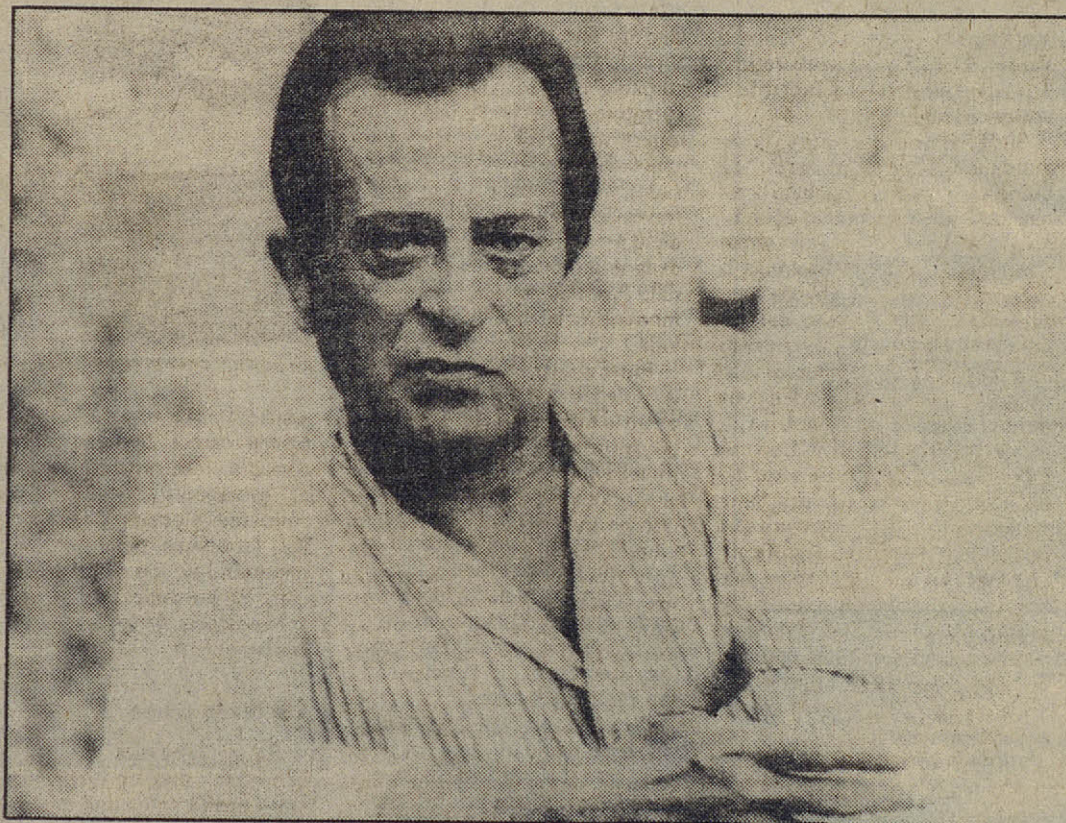
J. A. Goytisolo: el arte de la duda

Louis Aragon o Robert Lowell, Stephen Spender o Ezra Pound, Bertolt Brecht o Robert Frost. Todos bajo la sombra de Walt Whitman.

En la línea de esa gran poesía política se desarrolla el mayor número de los poemas de la primera mitad de "El rey mendigo". Goytisolo no pretende ensalzar los méritos de ninguna doctrina, ni servir de vehículo para ninguna convicción triunfal. Al contrario, los suyos son "ejemplos históricos y literarios" —así los ha llamado él— del transcurso inevitable de un tiempo que no deja en pie victorias ni derrotas, sutiles exaltaciones de la mayor de las grandezas: la del hombre que duda y, cuando pone en tela de juicio los datos de la realidad, se pone en tela de juicio, también, a sí mismo. Maravilloso modelo de esta especie reflexiva resulta el poema a la memoria dolorosa de Ezra Pound, titulado "Y todo por la usura", donde las reminiscencias del Canto XLVI no oscurecen la lección del discípulo.

Mirar

Pero el predominio de esta temática en el primer grupo de poemas no es excluyente. Explicando y reforzando la condición fundamentalmente lírica de una poesía narrativa poblada de entidades históricas que parecerían justificar únicamente a la épica, Goytisolo elige el tratamiento anónimo de algunos personajes, que sólo adquieren nombre y rostro para el



José Agustín Goytisolo

lector avisado que tiene por clásica su tragedia. Epicuro o Constantino son la excusa para una meditación sobre la sabiduría, su adquisición y su pérdida, que se prolonga en la segunda parte del libro, donde la intimidad acapara el uso de la palabra.

De "El retorno" a "Final de un adiós" (1984), la imagen de Julia

Gay, madre del poeta, asesinada en un bombardeo sobre la población civil de Barcelona en 1938, dominaba casi por entero el universo familiar evocado por Goytisolo. En "El rey mendigo", en cambio, es la figura del padre, recordado en una edad próxima a la que hoy tiene el hijo, confundándose en ocasiones con el hijo como

objeto del tiempo, la que marca el desarrollo del texto. La casa, tantas veces visitada, tantas veces abandonada por un hombre que, en cada visita y en cada abandono, fue distinto, quiere fijarse aquí como un puro recuerdo ya para siempre inalterable, por el que no dejan de moverse las personas. Viejas escenas descubren al poeta

maduro una trama que no había logrado reconocer en sus años más jóvenes.

Es a la casa adonde llega el amor; es en la casa donde la pasión se descubre, y es en los espejos de la casa donde se muestra su caducidad, su final inconstancia. Junto a la casa, la fiesta. Una fiesta de la que han gozado hombres y mujeres hasta un cierto amanecer, "un día de noviembre": años en los que el poeta ha estado observando, sin dejar nunca de ser un extraño. A la "Casa que no existe" sucede, pocas páginas más allá, "Buganvillas, reparaciones y humo". El hombre que siempre ha estado fuera, fuera de la casa y de la fiesta, poseído por el miedo que es "Como un demonio verde", acaba por entrar, en la casa y en la fiesta. Pero para mirar. Sólo para mirar.

La soledad

Y en medio de esa eclosión de temores, fantasmas queridos, olvidos y fracasos, se alza nuevamente el que duda. "Preludio de una huelga general fracasada" resume ese apogeo, constituyéndose, en un mundo en que hasta la poesía quiere ser afirmativa, confirmatoria —o, en el peor de los casos, rotundamente negativa—, en el gran poema de la duda y de la soledad. No cualquier soledad, claro, sino la soledad absoluta, la soledad del lúcido, la soledad del que puede elegir porque sabe a qué tiene que renunciar.

"El rey mendigo" cuenta, además, con un prólogo en que el autor expone su visión de sí mismo en tanto que escritor, de su obra, de los lectores y de los críticos. Prólogo que merece atenta lectura como precedente específico de este libro —"Cancionero-poema", como quería Pavese— y que forma parte del conjunto orgánico del mismo.

HORACIO VÁZQUEZ RIAL